



EL MADRID DE JOSÉ ANTONIO

Tomás Borrás

**(Conferencia impartida en el Instituto de Estudios Madrileños
el 25 de abril de 1953)**

En el tiempo de la despechugada Reina castiza, un genial ingenioso, el increíble Marqués de Salamanca, traza el meridiano que divide Madrid, para el porvenir, en Madrid viejo y Madrid crecido, en Barrios Centrales, con los Bajos, y Barrios Altos. El paseo de la Fuente Castellana es el eje que utiliza Salamanca en la decisión de volverse de espaldas, con desdén, al cochambroso, estrecho, picudo, desconchado, maderoso, retorcido, desdentado Madrid de los distritos fieles a su ombligo de la Puerta del Sol, y crear en los altozanos y desiertos que se extienden hacia la Puerta de Alcalá, la plaza de toros y las Ventas del Espíritu Santo, un Madrid a lo París, cuadriculado, recto, arbolado, uniforme, señoril, anchuroso, urbano. El barrio de Salamanca ofrece la maqueta del Madrid que, como flor que se abre, ensancha su corola central hacia el Norte-Nordeste, coloreado de lujo y bienestar, y empieza a ser Corte y Capital, cuanto era, y ahí están las descripciones de Mesonero y de Neira de Mosquera, dédalo con arrebatos de polvareda, ruina sostenida por milagro, “¡agua va!” y rompe y rasga de tugurios a lo Tócame-Roque.

El modelo que presenta el Marqués de Salamanca con su barrio, seduce al Madrid-crisálida, y un Alcalde gigantesco por la estatura y por sus concepciones renovadoras, Alberto Aguilera, une Chamberí con Salamanca, dibuja el bule, bule-bulevar, como le cantaba la Fornarina, y planta el Parque del Oeste, y así como el Marqués lanzó al Madrid de pulmones amplios a la derecha de la Castellana, el Alcaldón le manda engrandecerse por la otra ladera de Barrios Altos de Chamberí a los Cuatro Caminos.

De modo que cuando comienza este siglo, pues Madrid ha dado con su figurín

elegante, se dilata vistiéndose de holguras, vías rectas, plazas con estatuas y edificios entendidos, no a lo pintoresco, sino a lo acomodado; en fin, se ennoblece y deja de ser población.

Una vía del 900, de las modernas y en lejana perspectiva, es la calle de Génova. De esas calles que se dejan resbalar desde cualquiera de las infinitas curvaturas de nuestro mórbido Madrid ondulante, hacia la vaguada que sigue la larga línea del Hipódromo a Nuestra Señora de Atocha, y que entre Alcalá y la estación del Mediodía, se dice nada menos que Prado de San Jerónimo. La calle de Génova es espaciosa como todas las de los Barrios Altos, tiradas a cordel, gozo de carruajes; mira a la plaza de Colón donde el personaje se erige en el conjunto de Mérida, conjunto, según los satíricos, “chico para monumento y grande para quinqué”; deja atrás al Quevedo de Querol, revolado Quevedo con quevedos, y a su derecha el Real Monasterio de las Salesas Reales, el de “bárbara reina, bárbaro gasto, bárbaro gusto”, alta calle nueva de luz de cénit desparramado y con nocturnos faroles de gas de litografía, acacias cautivas por el pie en cepo de granito, que exhalan su caliente aroma a sol retenido en nardo; calle, tan grande río, que la luna es como mariposa que se aleja; calle por la que corretean tranvías amarillos chiquititos, de juguete; calle para coches de lacayo de chistera, donde el organillo sería anacrónico, en la que no hay tiendas, y todos los pisos bajos que se atisban al pasar lucen en las habitaciones ese piano sobre el que se echa a lo chulón un mantón de Manila, y arañas de cristal tallado de cuatro mil reales.

A primeros del 1903 acaba de nacer una casa en la calle de Genova: la número 22, cuyo hombro es a García Gutiérrez y la espalda a Orellana. Todavía, en el dintel del portal exhibe la data: “Año 1903”- Pues en ese año 1903, el 24 de abril, un niño nace en la casa recién nacida.

Es un niño de doble nombre José Antonio, y de apellidos dobles, Primo Rivera, Sáenz, Heredia. Tiene los ojos azules, y en él empiezan a revivir para corta existencia los dos influjos, paterno y materno, que constituyen el doble, también, de su carácter: la sensibilidad poética, timidez, ansia de alma por lo artístico-lírico, noble, la ensoñación, la premonición del futuro en natural profecía, el gusto y ordenación clásicos, definitivamente troquelados, y ese no sólo tener fe en lo ideal, sino tener fe en la fe, en el milagro caliente que la fe realiza cuando su hervor bulle en la idea. Y, su -contraste caracteriológico, el repente, el pronto para saltar a la acción, la tenacidad, el dar cara al peligro, el senequismo para aceptar lo difícil y trágico, la hombría resuelta y arremangada a lo soldado del Tercio, la resolución íntima de subordinar la ventaja al sacrificio y el triunfo al honor. Madre pura y de cadencia romántica, y padre combatiente y quijotesco, dan espíritu, quizás se pueda decir espíritus, al niño de ojos asombrados que se esfuerza por comprender cómo es el mundo, para él, intacto.

Esa casa de la calle de Génova, hoy número 24, a la que se puso un sombrero de copa de dos pisos más en 1946 para la numerosidad del Instituto Social de la Marina, era (y sigue siendo, no obstante la desproporción de su estatura) una de las casas patricias del Barrio Alto por el que cursa la calle rápida de tranvías, autos y “metro”. El niño creció sus primeras delicadas robusteces rodeado de otros chiquillos, hermanos, primos que eran vecinos, la infantil infantería de la plaza de la Villa de París que presiden, en sus dos cortes, las engoladas figuras de Doña Bárbara de Braganza, “corpulenta y asmática”, y Don Fernando el VI, blando como guante vacío, solemnes en los graciosos rediles que protegen de peligros transeúntes a los pequeñuelos. En esa casa de Génova vio morir a su madre, que tenía veintiocho años y él apenas contaba cinco, José Antonio, y desde esa casa, desde su piso bajo, atisbo la fachada de la mole de las Salesas, la parte dedicada a

la justicia, con sus alegorías y sus bultos de Papiniano y Gayo, y el edificio suplementario de los juzgados; el ir y venir de togas, el dolorido coche judicial, los pasos presurosos de adversarios batiéndose a Código y papel sellado, las lagrimas de gentes con mal fario, el colarse de los astutos por las sinuosidades de las sirtes de la ley... Atención, que ese edificio de las Salesas es el imán de la vida del niño ya enlutado, que juega en los jardincillos sin flores con límite de tela metálica. Hay como un designio, algo sobrevital que tira, desde las Salesas, del niño de la calle de Génova. Allí, a su parte religiosa, le llevan a bautizar y es su primera salida; allí empieza su carrera profesional de abogado de bufete; allí ha de acudir al juicio de Dios, a la desesperada, para defender con su tutela; allí ha de ir procesado, reo de españolidad, criminal del glorioso crimen de impedir la destrucción de su patria y la caída de tres mil años de historia creadora en balcanización y sometimiento a insolentes apetitos extranjeros. En las Salesas, unas veces procer, otras “delincuente honrado”, está, al final, la trampa que le pone su destinación a la muerte, cuando por rechazar un insulto soez con su instantáneo revolverse contra la infamia el destino encuentra pretexto para procesarle otra vez, previo a su conducción definitiva a la cárcel, y de la cárcel al piquete de fusilamiento de Alicante.

Lo anota en su insuperada biografía Ximénez de Sandoval: que las Salesas son el primero y el último lugar que visita José Antonio, la primera vez en brazos de una aldeana de Guadalajara, del pueblo cuyo nombre es arrogancia de individualidad, sabor humano, Valdenuño Fernández. Y atención, asimismo, a esa ruda y sana mujer de la Sierra. Amamanta a José Antonio, le acuna, le envuelve en su ternura un poco áspera. “Cele” le llama el niñuelo, que más tarde, en sus palabras de impresionante amor y respeto por el campesino castellano, cuando para buscar hombres que cimenten la Falange peregrina por los pueblos de las Castillas, devuelve a “Cele” aquella sustancia castellana nutricia que empapa desde la infancia su criterio de los hechos, de los seres y de las cosas, aquel sentido unitario, irreduciblemente heroico, generoso, abnegado, campeador, ensanchador, que le empareja con el caballero del Romancero. Castilla, por el seno de una mujer castellana, está en lo medular de José Antonio, como lo elegante andaluz en su elegancia, como lo gentil y garboso madrileño en su señorío, como la elevación y trance, y lo arcangélico, en lo vasco-altocastellano, logrones, de la madre dulcísima, que se llama Casilda para que se augure al amanecer del vivir del hijo, un primer milagro de cinco rosas.

Don Miguel Primo de Rivera iba de un lado a otro por el mapa de España, enviado a mandos sucesivos, como todo militar; más inquieto don Miguel, porque su afición era batirse en Marruecos y saltaba a la costa de la Andalucía africana en cuanto le era reglamentariamente posible. Por lo cual, la familia fue y vino de un piso a otro, según los viajes y empleos del oficial, siguiéndole, claro es, por el zigzag de sus puestos.

Esta es la ordenada lista de las casas madrileñas en que vivió José Antonio desde su nacimiento hasta su segundo entrar, para no salir sino al asesinato, en la Cárcel Modelo:

Génova, 22.

Monte Esquinza, 15.

Orilla, 12.

Carretera de Chamartín, 43.

Juan Bravo, 2. Piamonte, 7.

Serrano, 25.

Mayor, 71.

Magdalena, 12.

Los Madrazo, 26.

Carretera de Charnartín, 43.

Serrano, 86.

Tal es su itinerario madrileño familiar, el azar de su habitación de hijo soltero, niño, estudiante de bachillerato, estudiante de carrera, soldado, abogado. No cuento los viajes intermedios a otras latitudes en pos del padre, que es Teniente Coronel de Infantería cuando nace José Antonio, y llega a Capitán General y jefe del Gobierno, para luego caer, retirado, ciudadano particular, víctima de la ingratitud hostil en suelo más inhóspito.

Esas casas donde vive el José Antonio niño, muchacho, mozo, siempre en flor, hombre malogrado para la madurez, hay que dividir las según tres diferenciaciones: ocho de ellas tienen fisonomía común, componen un ambiente idéntico: las casas de Génova, Monte Esquinza, Orfila, Juan Bravo, Serrano, Mayor, Los Madrazo y otra vez Serrano; ambiente diverso es el de las casas de Magdalena y Piamonte; el tercer clima social y moral es el de la quinta de la carretera de Chamartín.

Las casas del primer grupo están situadas, excepto Mayor, en los Barrios Altos, cuyo mérito de innovación de vida y tipicidad de estilo, inauguran Salamanca y Aguilera.

Génova, 22, hoy 24, es de esa arquitectura “regencia María Cristina de Habsburgo” que continúa el canon de Ventura Rodríguez: fachada de amplios planos tranquilos, alternados con huecos de proporción alta, ladrillo que el desvaído del sol convierte en color de rosa, encuadres de piedra de marfil, serie de barandillas de balcón ordenadas con encaje geométrico. Orfila, 12, hoy 10, es una bellísima casa, una casa encantadora de dibujo, con deliciosos calados de rejería y balconada, persianas blancas, revocado crema, cuatro pisos, sin comercios, coronada a lo diadema por un tímido frontón triangular griego. Regularidad, medida, discreción y un tinte aristocrático post romanticismo, encantan en la casa luminosa y discreta.

Serrano, 25, hoy 27, es otra casa “burguesía acomodada” que marca el tipo de construcción de los Barrios Altos: despiezado de dibujo minucioso, cierto acento de lo que se llama en cada instante cronológico “modernidad”, empaque pseudo aristocrático, algo de pretenciosidad y nuevorrquismo que se envanece frente a la regularidad sencilla quizás monótona, de las manzanas levantadas por Salamanca, con sus líneas horizontales indefinidamente continuadas por la calle de señores bien acomodados.

La casa de Los Madrazo que fue uno de los hogares del permanente hogar amado de José Antonio, del cual no vuela nunca, ya no existe. Hoy es el remedo de un estilo algo así como “remordimiento español”, similar al de los falsos muebles de la primera Isabel al segundo Felipe. Aquella casa número 26, derribada en 1949, cuyo solar es ahora número 28 por magia de la contradanza municipal de números, idéntica a la contradanza de nombres de calles, era otra de esas casas del grupo a que aludo poniéndole bajo el patrocinio del módulo de Ventura Rodríguez: casa de masa geometrizada bien ordenada, huecos altos para techos altos, encuadres de lienzos revocados en color opaco con alternativas de balcones, abajo rejas, y sus hierros trabajados a martillo. Cerca de ella están los rumorosos teatros de la Zarzuela y de Apolo, éste el del género chico, aquél el de los escándalos en los bailes de máscara; inmediato, el “Gong”, donde hay un “dancing” -hablo de los días de José Antonio-, y enfrente, por la calle particular, que acaban de abrir, intitulada del Marqués de Casa Riera, se entra al flamante Círculo de Bellas Artes, acabado asimismo de construir a golpe de ruleta, cuyos sótanos son un poco aquello que la señora repipi denominaba “sedoma y camorra”; equilibrada la zona pecaminosa por la vecindad de la sesuda Academia de jurisprudencia, en Marqués de Cubas, y por el mismísimo templo de las leyes a la vuelta de Jovellanos.

Y la última casa del primer grupo es la postuma, la de Serrano, 86 hoy 88, de idénticas características: cuatro pisos, gran portal para carruajes, escalera de alfombra, planta noble la del principal, abundancia de habitaciones altas, anchas, para muebles heredados, para familias de muchos hijos. Casas, pues, que dan a calles limpias, alejadas de orilla a orilla, con mirador para ver pasar, entre cristales, las berlinas, los landos de respeto, quizás el tálburi de la damita o los jinetes de la Castellana, y no las bullangueras mañuelas o simones, esos de “al caballo, una torrija”. Calles sin tascas, con cafés de sofá de peluche rojo y enamorados semiescondidos que acercan sus pestañas. Casas para ese estamento intermedio entre lo elevadísimo del dinero, del título de nobleza y de la posición política ministrable, que forma el penúltimo escalón de arriba en el organigrama de una sociedad decente regida por el orden cimentado en el decoro personal y el respeto a las instituciones.

Así son también los edificios de Monte Esquinza y Juan Bravo en los propios Barrios Altos del Madrid urbanístico.

De estas casas, casi palacetes -y añadido a la lista la de la calle Mayor-, emana una tentación para el niño, mozo, joven gallardo, que las habita sucesivamente. “Recuerda -le sugieren al adolescente- que tu familia ocupa una posición sólida en el escalafón de los aristos, de los mejores. Sois de la grandeza de España título del reino, apellidos con árbol genealógico en el que cuentan héroes, virreyes, maestros de campo, brigadieres, regidores del Estado, primeros puestos de todo rango; estudia tu carrera, úsala en tu provecho; cástate con una clama de las que adornan las primeras líneas de los “Ecos de sociedad”; puedes hacer oposiciones a la Administración distinguida, Abogado del Estado, diplomático; vivirás sin sobresaltos una vida calma y abundante; podrás figurar en los mesurados escaños del Senado, adquirir dinero, que todo lo dora, y aleja, en parte, la angustia de vivir; las alfombras muelles, para ti están hechas, y las poltronas, y las reverencias de los criados, y la suavidad de la vida pródigamente dotada. Aprovecha las ventajas de tu nacimiento y de la personalidad de tu padre, y tu talento propio: aburgúesate como nosotras, tus casas, somos aburguesadas, tranquilas, indiferentes a las luchas eternas y apasionadas... Escúchanos, convéncete, José Antonio.”

Las casas opulentas, casa de rentista, ven a José Antonio ir con sus primeros libros al Colegio Alemán, después al Instituto del Cardenal Cisneros, luego a la Universidad angosta de la calle Ancha, siempre de traje nuevo, con su corbata a la moda, sinsombrerista y singabanista, sencillo, reservado, quizás demasiado prudente; le ven alternar en el “Bakanik”, de Olózaga, hoy Héroes del Diez de Agosto, en la piscina del Club del Campo, en el “Bar Club” de Alcalá, junto a Correos; graduarse, aprender francés e inglés, convivir con su hermano elegido, Raimundo Fernández Cuesta, hijo de su médico, otro muchacho “que promete”, en la frase convenida de las casas con señoritas en estado de merecer; convivir en las pacíficas partidas de billar en la casa de Raimundo Arenal frente a San Ginés, donde se dialoga de Filosofía del Derecho y de Literatura: ven al José Antonio selecto que acompaña a Pilar, tan igual a él, a la misa de Santa Bárbara, su imán, o de la Concepción; le ven hacer ejercicios espirituales, bailar en “Casablanca”, voluntario en el regimiento de los aristócratas, oficial de Húsares de la Princesa, del Cuartel del Conde Duque; idear las cenas de Carlomagno, en el Hotel de París a las que se asiste de etiqueta y Carlomagno olvida su manto sobre el sillón presidencial, cenas de ingenios de la cultura, corro del Emperante de la Idea de Europa y de su joven retoñador, José Antonio le ven las casas ricas bien abastadas en el “grill” del Hotel Savoy, al final de Huertas, en “Rimbombín”, Concepción Arenal, y lucir su grandeza de España en el Palacio de Oriente, y de convidado en el Ritz y en las

embajadas; le ven en el Golf de Puerta de Hierro, en los estrenos de los cines de la avenida de Pi y Margall o de Eduardo Dato (que después llevará su nombre); vestir la toga y acudir al Supremo para explicar pleitos difíciles... En los salones abiertos y en los gabinetes íntimos, las casas de alto copete de Serrano, Orfila, Genova, Juan Bravo, Monte Esquinza, Los Madrazo, Mayor, oyen hablar a los padres previsores del “chico de los Primo de Rivera”, “un gran partido”, mientras él hace de quírite hacia la Casa de Campo, su paseo favorito, y como que esconde su sonrisa ruborizada al cruzarse con los grupos de muchachas primaverales o que se asoman, como desde la diligencia, a los angostos ventanillos del café de Jorge Juan. “Es nuestro -se dicen las casas linajudas, contentas-, es para la Magistratura, la Banca, la Dirección General, la terratenencia de campos grasos en Extremadura o Andalucía, y el tacto del sabroso paquete de Papel del Estado. Es de la clase de los hombres influyentes que figuran con letras mayúsculas en los anuarios conservadores.”

Pero José Antonio, équite, quírite, se aleja de la tentación suasoria de las casas cómodas y muelles, ricas y seguras; galopa por el paisaje velazqueño, abierto el ánimo a la racha con frío de solnieve, hacia el horizonte que le hace convenientes inmóviles señales azules.

Vayamos ahora a contemplar las casas, Y su contorno, que forman el segundo grupo, y deduzcamos qué estilo de seducción han insinuado en él. El caso, en este momento, se agrava. Porque se sitúa José Antonio, jovencísimo, al borde de uno de los vicios matritenses, lacra de la villa, disimulada, además, y es tanto como decir alentada, por cierta literatura que exalta lo castizote. Me refiero al señoritismo.

Hace su noveno alto la caravana de Primo de Rivera, trashumante en pos del militar, que a cada dos por tres cambia de ciudad y, dentro de la ciudad, de domicilio en el número 12 de la calle de la Magdalena. Ensoberbecido, enorme, ostentoso, lóbrego palacio. La portalada, de gran hueco, balcón corrido, ventavil como remate y orlas entre barrocas y platerescas, es uno de los mejores logros de la elegancia del XVIII, en que hasta la arquitectura está influida por el minué. Como una pomposada señorona de miriñaque, el abullonado encuadre sale al paso para exigir acatamiento a las protocoladas conveniencias. Dentro hay salones capaces para bailes de doscientas parejas, penumbra tamizada y eco, ese curioso personaje que se aloja en las habitaciones huecas. Pero si el palacio es, prácticamente, inhabitable para quien precisa la comodidad a que estamos en el siglo XX acostumbrados, por él vaga la evocación perdurable, en él se aloja ese duende cuyo peligro señalo el, peligro de caer en el achulamiento del señoritismo. Pues ese rancio palacio de abolengo fue ni más ni menos, que del Marquesito de Perales.

Comienza en Luis I, el Rey niño infeliz, la costumbre de bajar del señorío al señoritismo. Luis I le casa con una francesita, Luisa Isabel de Orleans, que tiene trece años, cuando el Rey de España, catorce. Luisa Isabel de Orleans (lo dice la Historia y parece corroborarlo el retrato de Ranc, ahí le tenéis, en nuestro primer Museo luciéndose en robustez sensual y en ojos embrujadores), Luisa Isabel parece que despliega abundante repertorio de locuras de locuela. Luis I, del sufrir doméstico pasa al actuar callejeante. Se acompaña de un par de cortesanos cómplices y se las busca por los Madriles del desgarró, “vestido a lo chulo”, dice textualmente la crónica del tiempo. El populacho de los Barrios Bajos le saca su romance:

¡Ay noches del Bien Amado, entre basquinas bizarras y tacones de fandango!

El tipo hace mérito, y le imita el Narizotas yéndose a los patios de vecindad, toscamente encubierto, a la busca de mozas rollizas mantenedoras de rufianes. Y la serie

no se interrumpe. Todavía en la taberna de la Cruzada podéis echar un vaso en la habitación que Don Alfonso XII se reservó para sus entretenimientos señoritistas.

El gusto del regusto de la plebeyez a lo Lucas, el refinamiento inverso de descender de prócer a majo finaliza con nuestra guerra, pues a esta juventud, de otra tónica espiritual, le repugna el paso. Pero aún está caliente el recuerdo de los muchachos de apellido blasonado, en la que era Corte hasta la segunda República, dedicados a conquistar talporcuales, alternar con mozos crúos y pegar a los guardias. Era como tradición, como ribete obligado de lo aristocrático, un pedirlo la sangre, marchosería y flamenquería deducidas, inverosímilmente, de lo selecto.

Pues el dechado de ese mal género de señores corrompidos a señoritos, es un Marquesito de Perales que, en 1800, se salía del palacio de la calle de la Magdalena para sus rondas de plebeyo. Don Benito, que se sabía todas las de Madrid, le muestra en El 19 de marzo y el 2 de mayo. Navarro Ledesma glosa la copla:

Jueves Santo por la tarde mataron al marquesito. ¡Cómo lloraba su madre!

El que intenta hacer esta descripción compuso, con su historia, El Avapiés... Luego se han sacado infinidad de calcos del paradigma.

Al lado del 12 de la calle, una calle presurosa que enlaza con su nervio de circulación alborotadora dos hemisferios de “la mapa de las Españas”, la “cá” Toledo y la plazuela de Antón Martín, un poco más allá del palacio del marquesito jaque, está, por los días de José Antonio, vecino, uno de los últimos cafés cantantes de los ilustres distritos del charraneo, el “café de la Magdalena”. Detrás del palacio se despeña hacia el Manzanares, ese río que no tiene formalidad, un revoltijo de rúas estrechas donde de madrugada mujeres de luces falsas de oropel de placer se cantan las “Marianas”, mientras los golfos calientan sus corazones ateridos con recuelo de cafetín. Verbenas como la de San Cayetano se escuchan desde los balcones de José Antonio, y José Antonio va a contemplar la verbena acompañado de Pilar, la predilecta, la fidelísima. En la plaza del Progreso, Mendizábal ampara los tratos del tronera, envuelto en su capa, con el payo del timo de los perdigones. Un aura de tolerancia, vida fácil de la bribia, halago a la juventud que triunfa en la gemianía por guapeza, un ambiente que incita al dejarse llevar hacia el placer de sentirse muy macho con hembras y con hombres, a saborear lo prohibido, empuja al que se asoma al borde halagador y turbio de los Barrios Bajos con señoritismo de pantalón de odalisca. Avapiés, o Lavapiés, espera con su hablar recortadito y paranomásico, su darse al tunanteo y su anarquía impune, sabor a belleza acre.

Ya se había puesto en contacto José Antonio con el pueblo fosco que derivaba su jactanciosa enemiga a lo esencial español y a la jerarquía por el cauce de lo socialero. Vivió, antes que en el caserón-palacio de Magdalena, en el 7 de Piamonte, frente a la “Casa del Pueblo”. El 7 de Piamonte es un edificio restaurado, chapuza estética que convirtió una de las casas de aspecto sencillo y ordenado de las imitadas de Ventura Rodríguez, también- en un muestrario de tenias de aquello muniqueés del 900 que se llamaba en Madrid “estilo modernista”. Dos miradores laterales y un balcón central corrido, todavía madrileñizan lo que el maestro de obras sin paladar quiso convertir en tarjeta postal de Mucha o Arija. La “Casa del Pueblo” ensombrece la estrecha calle con su lisura de cemento sucio, con su carencia de gracia de líneas, únicamente masa para albergar masas, edificio sin alma, secamente utilitario, desprecio de la bella retórica de los estilos que visten las estructuras.

Piamonte, 7 y Magdalena, 12, llaman a José Antonio, le invitan a hundirse en el muelle abandono a lo facilón y despreocuparlo, a echarse el alma a la espalda. “Ven; es difícil ser hidalgo, exige mucho; es penoso el ejercicio de la mente, es áspero camino seguir

hacia altas metas. Con nosotros tendrás idolatría, si nos sirves; en nuestros brazos hallarás la preciosa contaminación de lo primitivo, de lo originario, de lo enérgico. Aquí los labios son salados, la pasión desenfadada, el triunfo, embriagador, de semidiós. Un ademán, un halago a la muchedumbre, vestir como ella, pensar sus simples y elementales pensamientos, echarse a su mar revuelto, y se te erigirá sobre el pavés, te seguiremos fieles, entusiastas, te amaremos hasta sacarnos del pecho el corazón. Si quieres lucir tu planta, los Barrios Bajos te aseguran victorias soberanas. ¿No has visto cómo te sigue el mirar de las mujeres cuando curioseas por las calles del Ave María, la Esgrima, la Cabecera del Rastro? ¿No has visto cómo el proletario ensueña verse pastoreado por un auténtico intelectual pasado a su materialismo, ínclita victoria, que le confirma en sus razones políticas? Medita, José Antonio, y vendrás con nosotros, después de ser como nosotros.”

Pero José Antonio espiritual, severo consigo, se aleja de la tentación demagógica a que le invitan las casas populares, de esa elegancia pervertida que hace derivar en aquellos días a tantas gentes bien dotadas por el resbaladero de la ambición o del no hacer, de una sensualidad política en que se sustituye el señoritismo mujeriego del Marquesito de Perales por un su extraño remedo, el jacobinismo el marxismo, su entrega a chuleos entre rebeldes y nihilistas. José Antonio se aleja del extraño giro del casticismo se dirige, lento, pensante, grave, hacia su estudio recoleto donde están, sobre su mesa, los Evangelios y Platón.

La tercera tentación emanada de sus hogares y del ambiente que les rodea, es la que le sugiere el hotel, propiedad de la familia, Carretera de Chamartín, 43, entonces, hoy Avenida de la Habana, 145. Allí tuvo estancia dos veces José Antonio. Alto edificio exento, de gusto francés, con guardillones a lo Mansard, tres pisos empinados, con un pañuelo de jardín delante y cintas de sendero en torno, algún árbol que procura auparse sin invadir con sus y raíces ni con su copa el otro escuálido jardín vecino, es la estampa de esta finca; consabido clisé de la “villa” en las afueras que se adquiere con los ahorros para que los chicos tomen el aire y papá descansa el domingo. Como este hotelito hay millares por Chamartín, la Cuesta de las Perdices, Humera, Pozuelo o Aravaca. En los años que van del 1910 al 1932, la finquita es apartado islote entre barrizales y campos raeces con algún chiringuito de cerveza para los días de fútbol en el inmediato Real Madrid. A lo lejos la Sierra envía oleadas gruñonas de ráfaga, que mueven a otros gruñidos de oreo los brazos enramados. Hay en el refugio paz y silencio, esa sedancia del reposo físico que hace abatir la vista a la madre tierra, como acudiendo a su demanda. El renunciamiento es la sirena de la mansión aislada, en solo naturaleza de suelo y cielo. Las nubes cruzan rápidas por la altura, lección de fugacidad; llega el bordón de la campana admonidora del asilo de San Rafael, donde tanto sufre la criatura; quien se acerca a la verja no es sino mendigo plañidero que excita a más caridades; la noche es larga y honda de negrura de tinta, o arrasada de racimos de astros que parecen huir vertiginosos de nuestra opacidad, estrellas cristalinas; no hay en el redor sino vacío. José Antonio siente en sí esa opresora soledad última que toda alma escogida conoce, San Juan de la Cruz enfría su temperatura poética con su consejo de las “cauteladas”, el ejemplo de lo que ha sucedido a los mejores de su casta, que se entregaron a la muerte o a la tarea por mejorar la Patria y están inánimes flotando en el olvido, o traicionados por la deslealtad de los mismos a quien sirvieron, sedimenta en los hondos del muchacho, le muestra el previo desencanto de las aventuras del mundo. Es en aquel hotel, José Antonio, un Quijote que empieza su historia por el capítulo setenta y cuatro. Le hemos visto rugar como un “galantuoino” por lo florido del Madrid que sonrío, adulador, a las gracias y esperanzas de la juventud y la

riqueza, la decantada alcurnia y la legítima ambición a que espolea el talento; le hemos visto salir y volver de las casas de la burguesía ennoblecida de los Barrios Altos; le atisbamos cuando se asoma al borde de la seducción de lo bronco pintoresco, plebeyote, pero que tiene su hechizo en la fuerza temperamental y en la pereza, como el vino de Rueda o de Arganda, vino áspero y por ello sabroso, que adormece la conciencia, que hace, su condición bravía, odiar lo dulce, y su espesor abandonar lo ágil. Ahora está José Antonio paseándose en lo que da de sí el pañuelo de jardincillo, meditador, los brazos atrás, inclinada la frente, en ese primer ademán de vaciarse hacia la sepultura; el aura que envía la cordillera desde sus lejos, rozándole en su beso-giro. “¿Vale la pena? -le cuchichea con su habla de brisa el aura del jardín-. ¿Es que conduce a algo la acción? ¿Por qué no despojarse de esas taras mortales, espejismo de gloria, gula de los fingidos relumbres sociales, fama que será Caduca, triunfos siempre caedizos? ¿Por qué no buscar en la abnegación del no querer el fundamento vital? ¿Y mirar tan sólo, contemplándolo anticipadamente lo alto?”.

José Antonio se desase de la captación que obran el silencio, la paz, el vacío del redor, quizás el vértigo del cielo que sorbe la luz del crepúsculo hacia lo infinito. Siente, se replica José Antonio, que nuestra vida es para misión, que hay una obra a realizar, que cada hombre es un mandamiento de Dios puesto verticalmente para que se cumpla. Y con su ademán de elegancia, ahuyenta lo invisible, la “cautela” sanjuandionina, el estatismo pues acepta su misión en el mundo, en su momento, en su suelo natal, en su clima, en su cultura. Acude a su cuarto a velar sus armas, empuña su arma, la estilográfica, escribe con su letra velocísima, con su estilo de precisión de talla de diamante: “Entendemos la vida como servicio”. “La vida no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande.” Que es poner en orden trascendental el verso de Shelley: “La alegría del alma, es la acción”.

Es cuando Madrid le ve recorrer afanoso el itinerario que dura menos de tres años, desde el 29 de octubre de 1933 hasta el 5 de junio de 1936. Levanta bandera en el teatro de la Comedia; organiza los centros clandestinos o públicos de la Falange en su despacho de abogado de Alcalá Galiano, 8, en la calle de Torrijos, hoy Conde de Peñalver, en casa del “pequeño y valeroso Gaceo”, así llamaba al héroe de la División Azul. Oculto fervor de catacumba en Marqués de Riscal, 16, en Nicasio Gallego, 21 y en la Cuesta de Santo Domingo, 3, que son como tiendas de campaña, improvisación de grupo pobre y nómada que esquivo las persecuciones. (Los cristales del balcón están rotos, tapado su frío con papeles, una simple valla baja de madera sin cepillar divide las habitaciones, y cuando la legalidad de la República registra uno de los lados, por ejemplo Sindicatos, se arrojan los documentos por encima de la valla y los recibe Pilar en su Sección Femenina; la única máquina de escribir circula, y se guarda cola para redactar un artículo o una carta; los muchachos se prestan las pistolas que tienen a raya a las Juventudes Socialistas Unificadas, y el que dispone de una peseta la da para el carbón de la estufa o para el recibo de la luz). José Antonio es el jefe, sí, pero también es redactor de los periódicos, y quien vende FE y Arriba en la acera de la Puerta del Sol, entre Alcalá y Montera, ante el “Bar Flor”, lugar del agruparse al atardecer los anarquistas y los socialcomunistas de empuje. Corre a La Nación, que todavía no han incendiado y en aquella trinchera de Marqués de Monasterio, trata con Delgado Barreto, el guerrillero minúsculo y enorme, de combinar campañas, de imprimir folletos, hojas sueltas, circulares. Acude al Senado con su Código, a exaltar la ley, y al Congreso a destruir con su dialéctica cerrada el acoso de la jauría. Se reúne en Pi y Margall, 7, con Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo para que tres huestes, bajo signo único, marchen hacia el horizonte de banderas violentas. Es

llevado dos veces a los calabozos de la Dirección General de Seguridad, calle de Víctor Hugo, y dos veces a la Cárcel Modelo, cuyo solar ocupa ahora el Ministerio del Aire, arreado por el odio envidioso: que hay sobreenvia en la mala pasión de los que no pueden oponerle mejor doctrina. Está en el aeródromo de Estremerà, junto a Cuatro Vientos, al revistar la Primera Línea, donde ya hay claros de elegidos por la Muerte. Está de noche en “La Ballena Alegre”, el sótano de “Lyon”, Alcalá, 59, donde se depura el estilo riguroso y es descanso abrir ventana a las influencias del arte. De mañanita ha de acudir al Depósito judicial: allí Francisco de Paula Sampol, Matías Montero, Ángel Montesinos, García Vara, Jesús Hernández, (el niño de quince años), Juan Cuéllar... ¡Tantos, que en el mitin del Cine Madrid son 122 los nombres de caídos que se alinean en el telón de azulcielo...! ¡Tantos, a los que acompaña José Antonio por rondas y arrabales, entre escolta de Guardia de Asalto que lleva a los asesinados como en reata y a escondidas hasta los cementerios de San Isidro y del Este, donde José Antonio acendra su sagrada furia apasionada por la España que ganan, con su desafío contra el Destino, los adolescentes inmolados!

Es también José Antonio ese que jinetea su pequeño “Chevrolet”, el auto amarillo, y sale por las carreteras que terminan en Cataluña, su amada Cataluña, en las Castillas de Cuenca, Valladolid, Ávila, Salamanca, Ciudad Real y Toledo; en Andalucía, en Extremadura, en San Sebastián y Bilbao, en Zaragoza, en Asturias, a la leva de almas, a la lista de caídos, a la arenga sin tribuna, en las eras, en la plaza, para hombres decantados por los siglos, para inocencia incontaminada de error, de desaliento, sin complicidad bastarda con los que les malgobernaron; alistamiento que hace del futuro ejército que, en su instante de 1936 irá a debelar a la Bestia en nombre de la Verdad, de José Antonio aprendida.

Saltan las bombas de los atentados junto a su ágil “Chevrolet”, le esperan al salir de la finca del Marqués de Valdiglesias en la carretera de Maudes, salva el lazo de la traición, sonrío a cada sonrisa de la Muerte jurada. Es el primero en la manifestación por la integridad contra el separatismo, primero en subirse a los andamios de la Puerta del Sol para hablar a los atónitos, camarada de los de mente cultivada en los banquetes de San Isidro, el de la aldeana calle de Toledo o en la reunión del café Europeo, de la Glorieta de Bilbao. Pasa entre palmas de brazos en alto por los cuatro planos y los cuatro tramos de Santa Bárbara, al salir de los repetidos funerales a los mártires falangistas. Se enfrenta en Riscal con los obreros, malévolamente irritados, hace frente también a los que le presentan batalla en la Universidad, en la Facultad de Medicina, las de San Bernardo y Atocha, y en Filosofía y Letras, de la Ciudad Universitaria; y se revuelve de frente también en los procesos, uno tras otro, la caza del hombre que ha decretado la República, la que siega las espigas altas para nivelar la sociedad por el rasero más bajo. Lecciones de Economía, de Política, de Historia, de Derecho, en el Círculo Mercantil e Industrial, avenida, entonces, de Peñalver, y en la Academia de jurisprudencia; exaltación oratoria de magno jefe en el Cine Madrid, y en el Europa, calle de Bravo Murillo, erguido entre bandas de obreros de los Sindiós y Sinpatria. Y en seguida ha de acudir a los disturbios de cualquier punto de la España que ha despertado a su conjuro; y a las Audiencias a defender a los acosados. Y volver, inmediatamente, a Madrid, el epicentro creador del Movimiento que va a tambalear hasta derribarle, el cadalso que la República levantó para rebanar a España.

Lee desde las seis a las nueve de la mañana que no descuida la disciplina intelectual ni su propio cultivo; compone y corrige Arriba, el periódico difícil, en la imprenta de El Financiero, Ibiza, 11; encierra a sus poetas en “Or-Khom-Pon”, Miguel Moya, 4, para

que le escriban una “canción de amor y de guerra” que luego se llamará Cara al sol según sus palabras de inicio... Lanza proclamas, se dirige a los militares, a los obreros, a los campesinos, a los políticos, a la juventud, pidiéndoles, invocándoles. Tiros por las esquinas traicioneras, entierros de madrugada de los camaradas que aterran, aun muertos, a la República, defensas en los Tribunales de urgencia por el suceso aun caliente, manifiestos como latigazos a la opinión, registros, más registros, más procesos aun, ficharle en el fichero de delincuentes en comisarías y cárceles, insultos del Director general, de Seguridad, de los diputados y de las diputadas, el viento de la tribulación azotándole el rostro... Héroe irreductible, persevera, alienta a los grupos de escondidos, lleva a hombros el fardo de papeles de los centros clausurados a otro centro secreto, afila su ideario, le depura, le inscribe en las tablas de la Antología clásica por la gracia severa suya que no conoce el defecto ni la demasía...

El 27 de febrero de 1936, el itinerario de la Falange por Madrid es inconexo, desparramado, al aire libre. Casi todos los camisas azules en prisión, los adelantados, muertos; los que viven, malviviendo, se escurren de las uñas para seguir la huella subrepticia en espera del momento de la ira santa. Cafés y bares, las tabernas, los museos, sobre todo el de Reproducciones Artísticas, sitios adonde acude el furtivo para comunicar al furtivo la orden emanada de un calabozo. A los cines llegan, cada uno por su lado, los falangistas que cambian la consigna sentándose en localidades inmediatas y se separan sin aparentar conocerse. En algunos pisos que no ha señalado la vigilancia de la soplonería aun la tensión de la propaganda y el azoreo del enlace al que busca el sabueso con el retrato ante los ojos. No hay cuartel, ni legalidad, ni tregua para la Falange La Falange ha de ser aplastada porque es uno de los dos obstáculos (el otro es la UME, el Ejército), para que se logre aquello que la República ha decidido: culminar el 1º de agosto la revolución separatista-comunista.

Está en la Cárcel Modelo José Antonio, otra vez. Vestido del obrerista “mono” azul mahón, como la camisa falangista, su mente metódica crea alrededor un orden de cultura y fortaleza: horario preciso, estudios, polémica, creación escrita, deportes, rezo, visitas. Trasplanta a la prisión los elementos que constituyen el vivir del hombre perfecto, civilizado. Es la impasibilidad del no entregado al azar, sino conocedor de la medida; del que no ha caído en el cepo de la desgracia por aturdimiento, sino del que sabe que se sacrifica por una causa. Ni alardea ni disminuye la verdad de la abdicación de él mismo ante la Necesidad, némesis de su generación. Después de jugar un partido de balompié, alegre y muchacho, después de su platicar con los camaradas de estudios difíciles, o de recibir el aliento de fuera, de la calle donde están lanzadas las hordas al aniquilamiento de los que delinquen al gritar ¡Arriba España! José Antonio, en su momento de soledad en la celda vacía, rememora cómo era su cuarto de hijo de familia, su recoleto refugio en el hogar, Había un crucifijo de madera a la cabecera de la cama, una capillita portátil de la Virgen del Perpetuo Socorro en su despacho... Y lucían sus dos tibores chinos, lujo y delicia de su mirada que busca lo que se logra con arte depurado. No muebles de gran estilo los suyos; son los usuales en tantas casas que, como la de don Miguel, se hacen y deshacen a la orden de cambiar de guarnición. José Antonio de todo lo que hace grata y acogedora su casa, la casa de los hermanos a los que es entrañablemente adicto, recuerda el lienzo de Rubens quizás, o por lo menos del taller de Rubens, que se ostenta en la sala de respeto. Recuerda aquel San Jorge que acaba de matar al dragón Y saluda con ceremonia galante a la doncella rescatada. San Jorge al que invoca la Reina Católica, en cuya sortija se grababa una efigie del capitán que secularmente se enfrenta, desinteresado y sin miedo, a la múltiple sierpe espantable, el que salva intacta a la

doncella. ¿Esa doncella, España? ¿Y San Jorge? Se repite la leyenda del capitán norteafricano siempre que un varón viril se yergue ante lo satánico. Por la desolación de España no hay otra figura posible de remedio que la figura épica de San Jorge, su acto, su manera. José Antonio cierra los ojos, fatigados de advertir vilezas y de atisbar un porvenir despiadado si no se le refrena: el final de una excelsa nación eternamente virginal para el que la ama. El no tiene, por armas, más que su pluma y su razonamiento. Desde la celda se escucha el alerta de los centinelas y algún disparo por el Madrid de suburbio: quizás cae uno de los pocos camisas azules que no están al grillete en cualquier mazmorra como aquélla, como la del San Jorge encadenado, enroscada a él la serpiente...

A los pocos instantes se eleva un frío cantar el Cara al sol en el frío de las galerías de la cárcel. Alguien que pudo mirar por el chivato gritó:

“¡Atención! ¡El Jefe Nacional!” Y desde dentro de las celdas, los falangistas saludan el paso de José Antonio, esposado, entre uniformes negros y fusiles.

Un automóvil le lleva, y a su hermano Miguel, con tres policías apretándose a su cuerpo (otro coche cuajado de guardias de Asalto vigila y escolta), a recorrer Madrid, ¿por última vez...? El Madrid que le ha visto cumplir sus itinerarios de niño y estudiante, de señor con señorío, y más tarde a la busca desesperada de! hilo que conduzca a la salida del laberinto contra cuyos muros se estrella España en carreras locas de esperanza o de pánico. Las calles de Madrid, ¿qué contestaron a su angustia y clamor de petición de apoyo-, qué a las arengas de labio ardido? Unas calles le despreciaron por “hijo del Dictador” o por “señorito rico”; otras le han disparado con la pistola de la República o de Moscú, o le arrojaron metralla como respuesta a sus invitaciones a la hermandad de tierras, clases y hombres; otras se encolerizaron contra él y sus falanges: “Si ustedes no los provocaran, los socialistas no atacarían a nadie”. “¿La Falange? ¡Son cuatro gatos!”; otras calles le han visto, indiferentes, enseñar, profetizar; algunas le dieron asilo envolviéndole en sombras y ángulos; poquísimas le concedieron ayuda; menos calles todavía se han puesto, resueltas, al lado suyo. Lo que la ciudad coopera con el hombre excelso, ¿cuánto es? Poco ha cooperado Madrid con José Antonio. ¡Pero ha sido tan hermoso batirse en su ancho azul de oro! ¡Eran tan rumorosas sus estrellas, que divinizan su cielo, en las noches de meditación o de acción secreta, de afrontar la tiniebla! Noches como aquella noche, muda, de un Madrid hosco, partido en dos enemistades, encerrado en su hogar donde ya hay susto, con disparos en cualquier lejos, fugaces puntos suspensivos en el silencio de la noche...

En el automóvil, seguido del que cuaja bultos informes de guardias, sale del término de Madrid saltando el Manzanares por el arco del puente churriguesco. Ante José Antonio está sin plata la luna, oscura de betún entre los brazos de luz de los faros, la carretera de Valencia.

Madrid se queda pensativo, se ensimisma en el callar con punzadas de disparos falangistas que defienden arcangélicamente la puerta de la fortaleza, y de marxistas y adlateres que alacranan la saña de su asedio. Se queda Madrid viéndole ir hacia Alicante, se pregunta: ¿Quién es este que salió de mí, que ahora llevan de mí?” Alguien de Madrid, que ha estudiado su contextura moral, le contesta al Madrid que lo inquiere: “Ese, José Antonio, es el anti de otro hijo tuyo, es el Anti-Larra”.

Recuerda Madrid a Mariano José de Larra transcurrir, levedad de relámpago, por los días de la contradicción aguda, cuando isabelinos y carlistas intentan dirimir para siempre el fratricidio de los españoles. “Fígaro” es elegante, refinado, perfumado, amigo de la sociedad y de la mesa, del diálogo en los salones, el lujo, el progreso; adora las

ciudades cultas de la cortesía, el esplendor político, las bellas damas, la alegría de vivir de los selectos deducida de la riqueza común al país, la distinción intelectual y la libertad de costumbres. Por eso aborrece el atraso material en las comodidades, la rusticidad, la ignorancia, el descuido en las tareas administrativas, la pereza mental, lo rutinario, lo selvático, lo discorde. Pretende escaparse a otros ambientes de Europa donde es aclamado, después de deseado, el triunfo de lo liberal. Podría haber esculpido, o escupido, esta frase: “No amamos a España porque no nos gusta”. Y al no poder realizar su ensueño de vida en plenitud de espiritualidad, celebridad, ingenio, amor y disfrute de primores delicados, al no saber cómo puede soldarse alguna vez la España partida, se revuelve contra su sino de español y se pega un tiro.

Y recuerda Madrid a José Antonio, análogo divergente de Larra, transcurrir en el mismo suelo y con idéntica fugacidad, en otro minuto parejo al de la España de “Fígaro”: cuando de nuevo están frente a frente los permanentes dos bandos, para intentar dirimir para siempre el fratricidio de los españoles. Es la misma situación de 1837. Un siglo después, en 1936, sigue pendiente la solución definitiva a la misma cuestión fundamental. José Antonio, Anti-Larra (como “Fígaro”, Anti-José Antonio), es elegante, refinado, amigo del diálogo en entono, hombre sociable de puertas doradas abiertas, intelectual, viajero, seducido por cuanto de noble y perfecto exista en todos los órdenes, admirador del adelanto, usuario de la cortesía, amateur del arte y de todas las formas del intelecto. Su alma clásica difiere del alma romántica de Larra tan sólo en el tratamiento de la enfermedad española, pues en el diagnóstico están conformes todos los españoles, ellos dos también; que se trata de superar la que Larra llama “índole” y José Antonio, “trance construir una nación unánime que forme en convivencia junto a las señeras, otra vez señora ella misma. España es dura y áspera -solía decir José Antonio, lo relata Jacinto Miquelarena- y por eso tenemos que quererla más. Y para siempre.” El mismo José Antonio escribe: “Nosotros amamos a España porque no nos gusta. La amamos con voluntad de perfección”. Y también: “Nuestro régimen, que tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios el venir del descontento, de la protesta, del amor amargo por la Patria, será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia, sino empalmado con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera transición española”.

“Amor amargo, amamos a España porque no nos gusta -porque, la conjunción causal, es la clave-; por eso partimos del descontento, de la protesta, del amor amargo por la Patria; España es difícil, ha sido siempre difícil, es dura y áspera”... El esquema, a la letra y en su contenido, lo suscribe Larra, salvo que, porque no le gusta, se evade de España. Como los dos lados del ángulo están unidos por la charnela del vértice, “Fígaro” y José Antonio trazan sus líneas críticas partiendo del mismo supuesto. Aunque, repitamos, uno se va hacia la renuncia estéril y el otro hacia la acción resolutive: la idea de Larra, aniquilada; la idea de José Antonio, transformada en hecho. Si el uno sucumbe a su sino de español, suicidándose, el otro da la vida por el ideal; precisamente por vencer el sino del español, por vencerle para siempre, por zanjar el dilema y que no haya cainismo en lo sucesivo entre los dos contendientes, porque no haya contendientes, por reunirlos y fundirlos en una síntesis armoniosa, en la unidad.

¿De dónde viene esa trágica presencia de la España hostil, escindida? Viene del año 1700, cuando a la cabecera de un Emperador moribundo se forman los partidos que tratan de repartirse los opulentísimos despojos. Carlos II ve a un lado y a otro de su lecho a Larra y a José Antonio. “Fígaro” dictamina que la España del Imperio se hunde en la decadencia sin remisión posible; que el agotamiento debido a lacras constitutivas,

no puede curarse, y hay que aceptar la intervención moral y práctica de los pueblos rozagantes; que hay que colonizarse, europeizarse, plagiar, decidirse a la entrega a los pueblos superiores, abandonando la esencia propia. José Antonio opina, como Ganivet, que no hay que ir fuera, pues en la España interior, en la fuerza de su alma, está el fortalecimiento pues no se trata de decadencia, sino de la debilidad momentánea que produce el sobreesfuerzo, se trata de despoblación y derrota militar, debidas a la imposibilidad de que un país pequeño, se sostenga con éxito y medida perdurable en las cinco partes del mundo, contra la coalición de los Estados poderosos de Europa y América. (Es la certera expresión de Ramiro Ledesma, también.) David mató a Goliat, pero la Biblia no cuenta que haya matado sucesivamente a cientos de gigantes. Larra desprecia a la España, que se achica y recorta a cada revés, a la que se ha desangrado poblando y civilizando un continente entero, a la España debilitada, incómoda, ruda, extremosa, sin medias tintas tolerantes, ni matices exquisitos.... la que manejan, además, impunemente, dentro de ella misma, organizaciones y políticos con sede en Londres y en París. José Antonio, de esa energía del primitivismo intacto de España, de su virginidad anímica intacta a pesar de su fabulosa creación paridora, extrae la buena nueva de su refundación, de su renovación y crecimiento físico, de su rehacerse otra vez en plenitud de grandeza. Así los mira, contradictorios aunque semejantes, la última mirada vitrea del moribundo hijo de Emperadores del orbe. Y desde 1700 Larra y José Antonio van, el uno, por la línea de lo extranjero tutelador, pero rapaz, abandonando lo genuino hispánico; el otro, por la línea tradicional, entrañable rigurosamente independiente, por el cultivo propio, en busca del porvenir. De 1700 a 1936 se cuentan doscientos treinta y tres años de guerra civil, “fría” o “caliente”, sin intervalo, cambios de régimen, destrucciones del suelo y falta de vuelo, separatismo, luchas religiosas, aniquilamiento de la vida, perder, perder siempre en favor de los demás por culpa de esa discordia, bien metida en la medula española, discordia atizada y fomentada con astucia, sin cesar, por poderes extranacionales. Larra ha hecho su gesto de desdén a la España en ruinas humeantes. José Antonio centra el inacabable problema en su término justo, en su equilibrio estable. Aunque, lo presiente su sensibilidad agudísima, de vidente, ha de quemar la vida en la tarea sobrehumana: lo que vale la pena, quemar la vida en una empresa digna de la inmortalidad.

La mano dura de José Antonio hunde en el pasado el partidismo feroz, la hostilidad implacable de los dos caínes: ni los unos, ni los otros; la unidad en el ara de aquello que es de los dos, que supera lo individual lo fraccionado y mezquino. La mano dura de José Antonio acaba con un proceso de disolución que favorece a regocijadas y saqueadoras entidades políticas extrañas lanza a su natural altura a la erguida nación de naciones, que de sí misma obtiene su poder, inmediatizado. Es su obra..., y su sacrificio. Por eso, porque estorba la realización de la Antiespaña que han traído el liberalismo democrático informe y el extranjerismo desespañolizador, Madrid ve cómo llevan a José Antonio por la carretera hacia su fin, orillas del mar impasible.

¿Y por qué él, José Antonio, que ha podido gustar todas las satisfacciones que concede la vida a los poderosos en dinero, talento, posición familiar; por qué él se ha elegido a sí mismo para la dificultad, el peligro, la lucha, la muerte? Él que todo lo tenía, ¿por qué ha renunciado a todo? La contestación os la da un prototipo, un idéntico a José Antonio: Don Alonso Manrique, el Caballero de Olmedo.

Por toda España se encuentra a Lope de Vega. Se puede explicar la psicología de los españoles destilándola de las comedias de Lope, pintor de una galería de retratos morales tan extensa, que las figuras que faltan es que no existen en la Península. De

Olmedo, en tierras de zumo castellano, surge como uno de los fantasmas de su drama, el triste esclavo del pundonor, D. Alonso Manrique:

*Que de noche le mataron
al caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.
Sombras le avisaron
que no saliese
y le aconsejaron
que no se fuese,
el caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.*

Tal es la canción popular que Lope de Vega glosa en *El Caballero de Olmedo*. Don Alonso Manrique es “apuesto y galán”, como se decía entonces. En Medina del Campo se celebran justas donde luce y enamora. La dama que le favorece y con la cual dispone casarse, es a la vez solicitada por otro cortejador, al que despidе. El rival de D. Alonso hace los imposibles por derrotarle, tanto en la liza como en el favor de la dama. Todo es inútil. El Caballero de Olmedo no tiene par. Entonces, despechado y humillado, decide matarle. Don Alonso ha de volver a Olmedo entrada la noche. Su enemigo le prepara una celada. Como contrata asesinos y habla de sus proyectos a varia gente, la noticia deja de ser secreta y llega a oídos del Caballero de Olmedo. Aquí entra el interés psicológico de la figura. Don Alonso Manrique, va. Primeramente su escudero le aconseja que dilate el regreso por otro día. Don Alonso no cede. Después le suplica que se procure una escolta. Don Alonso rechaza la propuesta por dos razones: porque no concibe que un hidalgo, como lo es su enemigo, apele a tan malas artes, y porque aunque así sea seguro, un caballero como él no ha de tener pavor a los peligros. Sin embargo, D. Alonso sí que tiene pavor. Terminados los avisos terrenales, empieza lo sobrenatural –como en el Hamlet- a actuar en su conflicto. Se le aparecen fantasmas que le cierran el paso, el presentimiento le llena de melancolía el corazón, ve su próximo fin. Un Labrador, invisible en la noche, canta su muerte poetizada como si ya hubiese ocurrido. Don Alonso escucha, estremeciéndose lo propio que en los días siguientes habrá de ser tema de acento popular:

Que de noche le mataron al caballero, la gala de Medina, la flor de Olmedo.

Y D. Alonso Manrique va. Aparta al fiel criado, escucha las voces del cielo, baja la cabeza ante las figuras de ultratumba, se detiene a escuchar el relato de su muerte que da al aire el Labrador de camino pero sigue, irreducible, empecinado, recto. En una glorieta de pinos, el puñal, escondido en sombra, hace su faena, y el Caballero de Olmedo cae, certificando que eran seguros avisos y consejos.

¿Y por qué va D. Alonso Manrique, personaje de carne antes de ser personaje literario? Hay un libro del siglo XVIII que se titula *El No importa de España*. El mejor general español, para el autor de ese libro, es el general “No importa”. El espíritu de los españoles era, según ese texto, el de D. Alonso Manrique. Si se empeñaban en una contienda desigual y lo echaban de ver, se contestaban: “No importa”, y seguían. Si, entablado

combate, perdían terreno por inferioridad numérica, o de armamento, o de estrategia, se contestaban: “No importa”, y seguían. Si de la derrota no quedaba más que un reducidísimo grupo, el grupo, en presencia del desastre, comentaba: “No importa”, y perseveraba.

Éste es un gran estilo de la raza hispana, el tesón para salvar hasta lo último (hasta el aniquilamiento total) las calidades. Un español así es depositario de una suma de honor de la cual tiene que responder ante los demás. Podrá morir, pero muriendo devuelve el depósito intacto a los que le siguen, y esto es lo verdaderamente importante, puesto que la vida no es más que un accidente. Lo que distingue a un hombre así de un fenicio, es que el hombre del “No importa” elige voluntaria y libremente, colocado entre su bien particular o la intangibilidad de la ley moral, lo que está fuera de él y pertenece a todos, elige la parte de divino que hay en cada uno: el alma. El alma de un caballero como don Alonso Manrique es cumplir su palabra y no tener miedo. Don Alonso Manrique, sabiendo que va a ser asesinado, puede ir a Olmedo, o no ir. No yendo, salva su carne, pero su caballerosidad desaparece en la cobardía. Y D. Alonso va. Habrán podido matarle, pero no han podido los asesinos destruir lo que no es sólo suyo, sino de los bien nacidos todos: el honor. La parte de honor de D. Alonso queda incólume, avalorada más todavía esa religión de la hidalguía.

¿Desapareció el arquetipo de D. Alonso Manrique para siempre? ¿Son los españoles del 900 del mismo modelado o la vida moderna y la infiltración del materialismo modificó su índole? Cuando vivía José Antonio se desarrollaba la guerra de Marruecos. La guerra es la piedra de toque de los caracteres nacionales e individuales. Contra la guerra de Marruecos se desataron la codicia de ciertos Estados extranjeros, la inepticia de los gobernantes, el desbarajuste del Estado español, la traición misma. Un sino fatídico parecía presidir la actuación española en África. Moros con fusiles del contrabando internacional paqueaban soldados peninsulares, y la intriga al servicio de los Ministerios de Negocios de países vecinos paqueaba también, por la espalda, a los que combatían allí. La aventura era luctuosa, el porvenir, tiniebla.

Contra todo se alzó el viejo “No importa” de España. Muchachos de dieciséis años, saliendo de las Academias militares, hacían cola en los Cuerpos de voluntarios, sabiendo que iban a perecer en días, pues las bajas de esos grupos ocurrían en la proporción anual del 110 por 100 Gente reclutada, ajena a la carrera militar soldados rasos, sucumbían como en Numancia -¡oh las Numancias de Marruecos!-, ardiendo vivos por no entregarse en las posiciones-ratoneras donde les habían encerrado. El empuje público remediaba en meses catástrofes como la del 21, y al ser destrozada o detenida una ola, tercamente, obstinadamente, lanzaba otra contra el acantilado del Rif. El general “No importa”, como en los grandes apuros, como en la primera guerra de la Independencia, como en la Reconquista, acabó por ganar la batalla. Y muertos los héroes, los caballeros desventurados, sus sucesores han recogido intacto ese tesoro que únicamente se gana con el sacrificio. “Sólo por la muerte se llega a la Vida”: tal es la deducción a la española, del drama, españolísimo, del Caballero de Olmedo.

También José Antonio elige el ir, en vez del pactar con la pasividad cómoda. Puede vivir tranquilo en España o en el sutil mundo abierto, la vida muelle a que aspiraba “Fígaro”; y desprecia la molicie, la dejadez, la abundancia. Le dejan casi a solas sus compatriotas, inerme con sus “cuatro gatos”; y va. Caen acribillados, saben que no sobrevivirán a la lucha, sabe José Antonio que está implacablemente sentenciado; y va, como D. Alonso Manrique, el Caballero de Olmedo. La legalidad republicana, jueces, policías, decretos, discursos, sellos, firmas, fusiles, grilletes, juzgados, cárceles, te cercan

para apresarle; y él, va. No encuentra a un lado sino incompreensión y burla, al otro no encuentra más que rencor clasista y odio; y va. Es de proporciones colosales para un joven al que siguen escasos muchachos, mujercitas y niños, el propósito y afán de crear nada menos que una España rebautizada y nueva, “faldicorta y alegre”, liberada de taras históricas y de hipotecas que atacan su raíz; y va. No le escuchan, habla a sordos, no le dan sitio junto a los poderes acumulados del dinero, la masa, el orden constitucional, las fuerzas orgánicas; y va. Lúgubres augurios le salen al paso para anunciarle lo que ha de suceder, y está cierto de que lo que ha de suceder es lo más horrible para él y para los discípulos; y va. Y van ellos, los falangistas de la primera hora, dejándose el reguero de sus muertos en el camino ascensional de España; único grupo humano que alista caídos antes del 17 de julio.

Va José Antonio adonde debe ir el caballero, porque su carácter, el mismo de D. Alonso Manrique, es uno de los lados diamantinos del carácter del español. Antes identificarnos a José Antonio como el Anti-Larra. Don Alonso Manrique es el Anti-Hamlet. No se ha advertido, creo yo, que España presenta el prototipo opuesto al del Hamlet shakespeariano, y que ese espíritu es el del Caballero de Olmedo lopista, digna figura junto a las creaciones de Don Quijote, Segismundo, Celestina, Don Juan, que hemos regalado al mundo. No duda D. Alonso, ni un solo instante vacila, ni le blandean consejos sesudos, fantasmas mentales o externos, ni siquiera el propio instinto de conservación. Hace lo que tiene que hacer desde que sabe lo que tiene que hacer, y lo hace sin una sola tilde de escrúpulo por su ventura. Se sacrifica, se inmola voluntariamente para que quede a salvo esa fuerza espiritual que tenía en depósito y ha de salvaguardar para ejemplo ajeno y pervivencia de lo esencial. Hamlet, que sospecha que no hay verdad absoluta, no sabe adonde dirigirse, ni sí realizar lo que le obliga el hado a cumplir. Para el caballero español, ya está cumplido aquello, tan pronto está compelido. Y su comentario a la pérdida de lo accidental es éste: No importa.

Así tituló su último periódico, No importa, el Caballero de Madrid, José Antonio Primo do Rivera. Fue, hizo, no vaciló, no aceptó sofismas de disculpa ni disculpas que intentan justificar acciones anticaballerosas. Se cree obligado a contender por su patria: y va. Se sabe elegido para ofrecimiento, para ofrendarse, y se consagra. Depositario creyente de la verdad absoluta, ha de implantarla radiante y de todos. Anunciador del porvenir, ha de ser augurio carnal...

Por eso la calle de Madrid está, de contrición, muda, cuando José Antonio hace su último itinerario a hombros de sus “cuatro gatos”, camisas azules, entonces ya cosecha de mil brotadas al contacto de la santa tierra con la sangre santa. Reza, arrepentida, calla, absorta la calle, en el entierro sin extinción de renombre de José Antonio. Igual que Rodrigo Díaz de Vivar, que el gran Cardenal Albornoz, igual que Isabel de Castilla y que Felipe I, es llevado en alto, muerto, por la “triste y espaciosa España”; que es de España este estilo de proclamar el triunfo del honor y del amor sobre la muerte, de esenciar la muerte en la vida, de alargar el vivir del que no muere en su muerte mortal. Llegó José Antonio en procesión pausada y relevo sin pausa por las leales glebas desnudas, sostenido por las manos labradoras que habían estrechado su mano en los pueblos que fundamentan la nacionalidad, entra en Madrid por el populachero Legazpi, sube por el Prado de San Jerónimo ochocentista gracioso, emboca la calle de Alcalá, calle ahora sin saínete y con formidables Bancos capitalistas, enfila la que ya es Avenida de su nombre vivida, apresurada, cosmopolita, y la calle de la Princesa en la que da su saludo la campana a lo Larra del Buen Suceso, se adentra en la Ciudad Universitaria... Allí su luz deslumhra y borra en claridad aquellos carteles de “Ellos” “Nosotros”, de la división

inacabable entre españoles y su ensañada guerra de siglos. Ya no más “Ellos” ni “Nosotros”, ya no mas división ni discordia, ya por siempre su última sangre, lustral, limpia el pecado que desde 1700 ha sufrido España. Allá va, hacia la compañía de otro fiel a la Unidad, del segundo Felipe, que plantó su teoría de la unidad en el centro del ámbito español, Esqueje de la Unidad vital de España, José Antonio queda presente en la Grande Piedra geométrica, clásica, a su gusto acendrado, para dar testimonio de esa Unidad, indispensable si se pretende la independencia y la grandeza. Por símbolo de Unidad, José Antonio, que rebasa las antítesis Anti-Larra y Anti-Hamlet, para la acción, el pensamiento, la resolución de las cuestiones cardinales, pervive a la vista de Madrid, en tierra de Madrid, en el punto centro filipense de la circunferencia de todos los radios de la política futura, legado de su muerte, consigna que vale también como póstuma.

Pervive, está, en esa Piedra Central que transfunde su materia dura en norma religiosa.

No cabe el mar en el hueco de la mano; no se alcanza con cien líneas la estatura de José Antonio. No se puede decir con exactitud que José Antonio esté, solamente, en la piedra-centro del Escorial.

Porque José Antonio es un mar embebido en el ser y calidades de España, disuelto y diluido para nutrir las permanentemente.

Y está en esa palabra, España; en la palabra Poesía; en la palabra Revolución.

Está en las tierras calientes salpicadas de sangre del alférez y del soldado.

Está en los hondos del Mediterráneo, donde se hundieron, verticales, hombres que cantaban, al hundirse, el Cara al sol.

Está en el azul mahón de la camisa arremangada.

Está en la virtud intacta y en la alegría de las muchachas que danzan los viejos corros y aleccionan la vida de las aldeas.

Y en la balanza del Sindicato, que mide y distribuye con equidad.

Y en las alas de los jóvenes ambiciosos de azul que suben a mirar por donde se ensanchan las posibilidades.

Y en los muros de todas las parroquias de Cristo: “José Antonio Primo de Rivera”.

Está en la ley civil de la confraternidad.

Está en las cinco saetas lanzadas al porvenir, y en el arco humilde del servicio, y en las haces y gavillas de las voluntades unánimes.

Y en la muralla de pechos defensores que se alinean frente a la infamia.

Y en la condecoración que exalta el pecho de la viuda del mártir.

Y en la canción que no signa ni una sola palabra de odio.

Y en las espigas que confortan a labradores “con hambre de siglos”.

Está en la elegante indiferencia y en la superior ironía con que el español contempla el afán del escarabajo pelotero de tras fronteras.

Y en el sueño del joven montañero que se siente alimentar en su espíritu desde la raíz por la savia entrañable y oculta.

Y en cinco simples, rojas, duras rosas.

Y en el cirio que se hace alma ardiente de sacrificado ante la Cruz.

Está en la tremenda Historia de la España que amamos porque no nos gusta.

Y en su sobria lección de dignidad para la vida y para el empleo de la vida.

Y en la música del guembri que abriga hacia el pecho el moro de los aduares que combatió, en 1936, en la “isla verde”.

José Antonio está en todo verbo, que es la acción.

En la energía silenciosa, en la faena cotidiana cumplida, en el pudor para soportar y

sufrir estoicamente.

Y está en el ritmo del Tiempo Nuevo.

Y en los surcos donde se sembró el dolor; trincheras aradas con el machete.

Y en los versos que eliminan la melancolía y la duda.

En el yunque que soporta, en la grúa que eleva, en la quilla que abre camino, está.

Y está en la Tradición, que él puso al día.

Y en la noche de ojos de luceros augúrales y vigiladores.

En la palabra que nos revela cómo somos, en el criterio de cómo debemos hacer la España que nos guste.

En las palmeras de Alicante, en las esquinas de Madrid, en las rejas de las cárceles que entrelazan sus hierros, símbolo de unión de unos y otros.

En el alma del enemigo que le conoció y comprendió. En la elegancia; en la luz; en la sonrisa.

Y en el Destino, que aguarda pacientemente, fuera de los límites, nuestra obra en el Tiempo.

En la definición de la libertad del hombre, “portador de valores eternos”.

En la oración porque nunca jamás vuelva a quebrar la senda de la Patria.

Está en el fusil que empuña la mano del soldado, en el laurel de la mano del monje en la herramienta de la mano factora; en cuanto es espíritu de lucha por el Bien.

Está en la curva inclinativa del estudioso sobre el libro.

En la arquitectura exacta del estilo clásico.

Y en el “pueblo”, que él redimió de “plebe”.

Está, porque se dio a la Muerte en acto de servicio; y ahora cumple su acto de servicio la Muerte para con él: hacerle, secularmente, vivir. “Que solo por la Muerte se llega a la Vida.”